

traba el socorro de sus miserias en las mismas iglesias, y así venia lo mal habido á ponerse en manos de sus dueños.

Se dice que muchos poderosos, animados del fanatismo y superstición ponian á sus hijos pequeños en los monasterios, y que algunos se quedaban en los claustros faltando estos útiles miembros al estado; que los malhechores también hallaban abrigo en los mismos monasterios por una vana esperanza de obtener el perdón de sus crímenes; y que los reyes colocaban á los eclesiásticos en los más altos puestos con perjuicio de los seculares que tenían más derecho á ocuparlos.

A lo primero respondemos, que los padres ponian á sus hijos en los monasterios, porque conocian que allí se les daba buena educación y eran los lugares en donde las luces se habían encerrado, pues en el siglo reinaba solamente la ignorancia y el desorden. Si algunos abrazaban la regla del monasterio en donde se habían educado, ¿será motivo de censura, el que tocados del espíritu de Dios dejarán al mundo por consagrarse al importante negocio de su eterna salud? Si los malhechores buscaban en el retiro un lugar para llorar sus crímenes y justificarse haciendo saludable penitencia, esto en vez de reprenderse debe alabarse: ¿ó sería mejor que los facinerosos siguieran cometiendo excesos y trastornando el orden público? Si los reyes colocaban á los eclesiásticos en puestos elevados, el mismo Mosheim dice que era porque tenían más

confianza de éstos que de los varones: y en efecto se empeñaban más los eclesiásticos por el bien público que unos seculares ignorantes, orgullosos y déspotas.

En el siglo IX tubo la iglesia de oriente mucho que padecer con los hereges iconoclastas que auxiliados de los emperadores persiguieron con furor á los católicos, llegando á tan alto punto el atrevimiento de los hereges, que en un conciliabulo que formaron se echaron sobre los obispos ortodoxos, los arrojaron al suelo, les rompieron sus vestidos, escupieron el rostro y arrojaron de aquella impia asamblea después de haberlos golpeado y ultrajado. En este siglo se vió en la silla patriarcal de Constantinopla, por medio del emperador Leon, al perverso Juan Lenconomaco, quien se preciaba de mago, y en la metropolitana de Silea al bufon Antonio. Todo este siglo fue muy borrascoso en el oriente y los prelados católicos muy poca paz disfrutaron en él, porque impavidos sostuvieron la fe.

En el occidente la disciplina recobró nuevo vigor en el reinado de Carlo magno; pero con su muerte se volvió á trastornar siendo la causa la división de sus estados que hizo este principe en favor de sus hijos de que se siguieron muchos males en el orden público, las incursiones de los normandos y otros barbaros, la sujeción de la España por los moros, los furros de los daneses en Inglaterra, la ambición de los nobles, que se apoderaron de los bienes ecle-

siásticos y acomodaron en las sillas episcopales y la ignorancia del pueblo y de los nobles. El concilio de Troli celebrado en 909 atribuye á muchas de estas causas la relajacion de los monjes y deplora los males que sufría la iglesia en su tiempo.

En este siglo IX se publicaron falsos milagros y falsas reliquias; se dieron á luz devociones minuciosas y reducidas á puras esteriedades á lo que dió motivo la ignorancia que espantosamente se habia estendido en la Europa. ¿Pero quien fue causa de esta ignorancia? ¿acaso los sacerdotes, que se oponian á la ilustracion? ciertamente nó; antes por el contrario, los romanos pontífices, los obispos y los monges no cesaron de hacer esfuerzos para sacar al universo de la ignorancia en que se habia sumido por las causas arriba dichas. Lea-se un autor moderno, sábio y despreocupado (1) y se verá probado con la verdad de la historia que el sacerdocio fue el agente principal que sacó al pueblo de la ignorancia.

No faltaron en este siglo sacerdotes y monges literatos que animados de piedad y zelo resistieron al error y padecieron en defensa de la verdad. Los romanos pontífices Pascual 1.^o, Eugenio 2.^o, Leon 4.^o, Nicolao 1.^o y Adriano 2.^o se hicieron muy recomendables por sus brillantes virtudes. Sofronio patriarca de Ale-

[1] *Chateaubriand, Genio del cristianismo.*

jandria, Niceforo de Constantinopla y los demas obispos ultrajados por los iconoclastas, Metodio de Constantinopla y S. Ignacio tambien patriarca de esta ciudad y perseguido por el intruso Focio. S. Teodoro Studita, S. Benito Aniano, Teodulfo obispo de Orleans, Rabano de Maguncia, Hincmaro de Rheims, Prudencio de Troyes, S. Eulogio martir electo arzobispo de Toledo, Anastasio el bibliotecario y otros, en medio del impetuoso torrente de la ignorancia y relajacion se mantubieron firmes en la virtud y con esta y su saber contrarrestaban á los extravios de su siglo.

Cuando por el orden que hemos llevado en este discurso nos vemos precisados á hablar del siglo X. hez de los siglos asi respecto de las letras como respecto de las costumbres, como le llama el abate Ducreux, deseáramos cubrirlo con un denso velo, que lo ocultara para siempre de la vista de los hombres y que no se contara entre los tiempos. Casi toda la Europa estuvo en este tiempo sin leyes, segun el mismo Ducreux, sin costumbres, sin luces, sin reglas y sin freno, la trasgresion de las leyes divinas y humanas, la libertad y la justicia tan desconocidas como la razon, la fuerza dominando por todas partes y destruyendolo todo, los pueblos oprimidos por una multitud de cobardes tiranos y los vicios ocupando á todas las clases de la sociedad. He aqui el triste cuadro deshonra de la humanidad que nos presenta el siglo X.

El injusto Moshein dice que en este siglo los papas hechos unos monstruos fueron la causa de la ignorancia del clero; pero esta es una falsedad, como se conoce observando imparcialmente la historia de este siglo y los precedentes, en que la ignorancia tomó su origen, fue creciendo mas y mas hasta llegar en el siglo X. á su último punto; y así ella data su época muchos años antes del siglo de que hablamos. Demás, en la ilustracion del clero del oriente no tenian ningun influjo los papas, y no por esto dejó de reinar la ignorancia en aquellos países.

La verdadera causa, pues, de tanta ignorancia y desórdenes, fue sin duda la corrupcion y barbarie de los nobles y el pueblo. Si en medio de tantas sombras se veian algunos rasgos de luz era entre los eclesiásticos, y en los monasterios que habian recogido los restos de la ilustracion, que habia estinguídose en el siglo. Los pueblos conocian esto, y por lo mismo escogian á los eclesiásticos para que fueran los árbitros en sus diferencias particulares: los nobles que daban como por prueba de ser caballeros el no saber firmar, cuando tenian que hacer alguna escritura ocurrían á los clérigos ó monges que les prestáran este servicio, y muchas veces sus contratos sin documento escrito, los celebraban delante de los obispos, ó clérigos inferiores, para que fueran los garantes de sus pactos: esta es una prueba tambien de que los sacerdotes no estaban tan corrompi-

dos como los seculares, supuesto que buscaban entre aquellos la buena fe, que no encontraban en sí mismos.

He aqui como en el siglo mas ignorante y corrompido se hallaba alguna mas providad y luces en el clero, pues en él buscaban los seculares la justicia y le confiaban sus mas caros intereses. Ultimamente hasta la medicina era ejercida por los eclesiásticos, y aunque no podemos decir que ellos eran unos excelentes médicos; pero á lo menos, eran los que procuraban aliviar á la humanidad doliente.

En la capital del orbe católico se vieron desórdenes horrorosos, y pontífices que mancharon con crímenes la silla de S. Pedro, mas este fue un triste efecto de unos seculares tiranos, que oprimiendo á Italia disponían del papado como de su patrimonio, y hacían recaer las elecciones en sujetos viciosos para que no les reprendieran sus crímenes. Esta tiranía de los seculares es confesada por el mismo Moshein, en el siglo X. 2.^o part. cap. 2. §. 10.

En medio de tantos desórdenes se deja ver claramente la especial providencia de Dios con su iglesia, que conservó íntegro el depósito de la fe, pues siendo tantos los extravíos de este siglo y las turbaciones de Roma, jamás salió de la cátedra de S. Pedro una decision contraria á la religion de Jesucristo. Tambien vemos que en estos tiempos desgraciados no faltaron pontífices virtuosos, obispos, cléri-

gos y monges que estuvieran llenos de zelo por el honor de la casa de Dios. Sobre los pontifices de este siglo copiaremos las palabras del abate Ducreux, á quien nadie podrá acusar de parcial en este punto.

„Hemos seguido, dice el autor citado, la historia por su orden y juzgado los pontifices que han ocupado la primera silla de la iglesia segun sus acciones siendo, nuestros fiadores los monumentos mas ciertos de su tiempo los que han sido nuestras guias; y que resulta de toda esta discusion? que de 25 papas, que ha visto subir Roma á la cátedra de S. Pedro en este largo espacio de tiempo, uno ha dejado una reputacion equívoca, dos se han desacreditado á los ojos de sus contemporáneos y de la posteridad con costumbres manifiestamente corrompidas, y dos se han mostrado por el espíritu de venganza poco dignos del título de padre comun de los fieles: título que supone entrañas compasivas y un corazon generoso. Aun entre ellos hay, escepto (1) Juan X. y Juan XII., algunos á quienes no se pueden negar prendas apreciables y talentos raros para su siglo. Los otros se pueden dividir en dos clases; en la primera se comprenderán los papas cuya conducta prudente vida ejemplar y zelo es-

[1] Omitimos los epítetos, que Ducreux pone á estos dos pontifices, por respeto á su sagrada dignidad.

clarecido han sido el consuelo de la iglesia en estos tiempos horrosos; habiendose visto muchos que lo que debieron á la altura de su dignidad fue la ocasion de dar á conocer una prudencia consumada, y un merito independiente de los honores, que es en lo que consiste la verdadera grandeza, como fueron Leon VII., Martin II., Agapito II., Leon VIII. y Silvestre II. En la segunda clase entrarán aquellos, cuyo pontificado corto y oscuro, ó sus acciones poco conocidas no dan lugar ni al elogio ni á la satira.

„Sea lo que se quiera de las costumbres puras ó disolutas, de la conducta ejemplar ó escandalosa, de los talentos ó de la incapacidad de todos estos pontifices que vió Roma tan rápidamente sustituidos unos á otros; lo cierto es que ninguno de ellos; aun los mas desarreglados, hizo cosa que menoscabase, ni aun ligeramente el precioso depósito de la fe. En su tiempo, asi como en el de los Leones, Gregorios y Adrianos se conservó en la mayor integridad el tesoro de las verdades católicas. Las cartas y decretos que nos quedan de ellos se dirigen constantemente á restablecer el buen orden, á mantener la disciplina y reprimir los vicios, sobre toda la simonía, la venta de las cosas sagradas, y las usurpaciones sacrilegas. En ellos se representaba en toda la iglesia la autoridad de que estaban revestidos; recurria-se á ella en los casos arduos, como al oraculo siempre ecsistente de la religion, esperabanse

sus ordenes para todos los establecimientos nuevos; daban la mision legitima á aquellos hombres alentados y zelosos que emprendian convertir los barbaros del norte; erigian obispados en estas nuevas iglesias y les daban pastores; en una palabra, por ellos se gobernaba todo en toda la estension del mundo cristiano. Y quando su vida no correspondia á la santidad de su carácter, se respetaban los derechos inviolables de la silla apostólica detestando los desórdenes de los que la deshonoraban. Pues si apesar de la barbarie del siglo tubieron los cristianos la equidad de no confundir el poder sagrado del ministerio con la indignidad del ministro; y si la misma ignorancia supo honrar el poder pontificio que viene de Jesucristo en unas manos manchadas con el delito, ¿seria acaso imparcial nuestra filosofia, ó no se sospecharia en ella malignidad si se mostrase el dia de hoy menos equitativa y menos juiciosa? Una distincion que no excedió á las luces del siglo décimo, que no se ocultó á unos espiritus groseros en la confusion de todas las ideas, no es obra de la sutileza; nace de la naturaleza de las cosas, dimana de las primeras nociones, y la razon misma es quien la ha dictado. Por tanto, es cosa indigna ver que ventaja pueden sacar los enemigos del cristianismo y del catolicismo de lo que la historia nos ha conservado tocante á los pontifices romanos de este siglo; porque si tienen cabal su entendimiento y recto su co-

razon (1) no deben separar dos hechos que el mismo testimonio ha reunido; el uno, que no obstante la altura del puesto y el respeto que jamas se negó á la dignidad, los desórdenes de estos pontifices viciosos causaron horror á toda la iglesia; y el otro, que apesar de este horror vió en ellos toda la iglesia sus cabezas legitimas, los sucesores del príncipe de los apóstoles y los canales por donde la autoridad ministerial se difundia á todas las partes de la sociedad religiosa, que no puede subsistir sin ella."

He aqui como aún en el obscuro siglo X. no faltaron virtudes en los romanos pontifices, y no fue tan general el vicio como aseguran con ecsageraciones muchos escritores, que no escuchando sino á su pasion contra la cabeza de la iglesia, olvidan ó ignoran lo que deben hacer los escritores imparciales, que deben referir los hechos como realmente han sucedido y no como les inspira el espíritu de partido.

La iglesia siempre fecunda para producir virtudes, no careció en este siglo de hombres ilustres en santidad. Nombraremos algunos como lo hemos hecho en los siglos anteriores, advirtiendo de pasó que siempre omitimos mu-

Tom. IX.

D

[1] *Estos furiosos declamadores contra la cabeza de la iglesia, lean con detenimiento estas reflexiones de Ducreux y confúndanse viendo descubierta su ignorancia, ó mala fe.*

chos santos de los que han florecido de siglo en siglo. Sea el primero, S. Dunstan arzobispo de Cantorberi varon tan lleno de zelo y caridad pastoral, que jamas hubo respeto alguno humano que le contubiera en el cumplimiento de sus deberes. Un hecho de este santo nos manifestará toda la entereza de su caracter. El rey Egardo cometió un crimen, S. Dunstan afligido fue á buscar al principe, y este viendole en su presencia le alargó la mano para sentarlo á su lado; mas el santo prelado con severo tono le dice, *¿Que os habeis de atrever, ó rey, á tocar con vuestra mano impura la que toca y sacrifica el Cuerpo de Jesucristo?* El rey aterrado con estas palabras se postró á los pies del santo, quien viendo su arrepentimiento le hizo advertir la enormidad de su delito y le aplicó penitencia saludable. S. Raibot obispo de Utrech, S. Udalrico de Ausburgo, S. Bruno de Colonia, S. Volfango de Ratisbona, S. Adalberto de Praga, los santos monges Nicon Metanoita, Pablo de Latre, Nilo el joven, Juan de Gorza y Odon son unas antorchas lucidas que alumbran en medio de las sombras del siglo.

En los siglos XI. y XII. reynan con poca diferencia, las mismas costumbres que en el siglo X. y aunque la ignorancia no subió á mas alto punto por los esfuerzos de los eclesiásticos (1) y aún empezó á vislumbrarse la

[1] *Esta verdad es inconcusa: la ignorancia*

auróra de las letras, por los mismos esfuerzos del clero secular y regular; pero todavia los tiempos fueron de confusion y de robo; la tirania de los grandes tenia al pueblo en el mayor abatimiento; y los infelices no hallaban algun alivio en sus miserias sino entre los eclesiásticos, pues aunque habia muchos que estaban envueltos en los vicios del siglo; pero otros y no en muy corto número eran dignos del puesto que ocupaban en la iglesia.

Por los años de 1032 afligió á la Francia una hambre horrible é inaudita; que constituyó á los cristianos, dice un historiador, no solo inferiores á los hombres sino aún á las bestias mas feroces; porque apurados los recursos que ofrecian las yerbas de los prados y las raíces de los árboles, se desenterraban los cadáveres y servian de alimento. En seguida se llegó á comer la carne de las personas á quienes se quitaba la vida. Salian los hombres á cazarse mutuamente; se esperaban y se acometian en los caminos; no para robarse, sino para devorarse; y los que entraban en las posa-

D 2

en los siglos oscuros no encontró generalmente hablando otros enemigos que los eclesiásticos, y sin estos ciertamente el mundo no habria visto la luz, y estaria aún sumergido en las sombras de aquel tiempo. ¡Filósofos modernos! sabed que si hay ilustracion es por el clero, y si se ha vi-
ciado es por vosotros.

das á buscar algun sustento eran degollados en ellas para servir de alimento á los demas. ¿Que hizo el clero en este tiempo de calamidad? Veamos lo que escribe el mismo historiador (2) con el que están conformes los demas.

„Los obispos y los abades distribuyeron los bienes de la iglesia con una santa profusion, y sin pensar en reservarse lo que era necesario para escimirse ellos mismos de la calamidad, Ademas del dinero que tenian, dieron el vino y el trigo que habian acopiado, despojáronse los altares, vendieron los vasos sagrados, se valieron del influjo y autoridad que gozaban con los principes, é interesaron á los reyes estrangeros para atender por todos los medios imaginables á la subsistencia de los infelices. San Odilon en particular redujo á la indigencia su monasterio de Cluni, que era uno de los mas ricos del mundo, despues de lo cual, se vió obligado por la penuria que padeciò con sus subditos por espacio de dos años á implorar la asistencia del Rey Garcia de Navarra.”

Pero los anticlesiasticos olvidándose de las acciones heroicas del clero secular y regular, solo buscan aquellas que les sean favorables para desacreditarlos á la vista de los pueblos, y si fuera posible, para arrancar del mundo el nombre de sacerdotes, y solo dejar de

[2] *Berault—Bercastel. Historia eclesiastica*
t. 10.

ellos una memoria detestable á todos los vivientes. Por esto prescinden de las buenas acciones del clero de estos siglos y solo hacen valer las disputas entre el sacerdocio y el imperio, dando á este toda la razon y la justicia, y juzgando á aquel sin misericordia.

Sobre estas disputas entre el sacerdocio y el imperio, hemos procurado ver con imparcialidad lo que escriben los historiadores, y si nos fuera posible dar un pormenor de todas ellas, siguiendo á Fleuri, Richard, Ducreux, Berault, Bergier, Anquetil y el nuevo diccionario histórico de hombres ilustres, sin necesidad de reflexiones y con la sencilla relacion de los hechos, haríamos ver, que S. Gregorio VII. y sus sucesores, no cometieron tantas faltas como ecsageradamente se les atribuyen.

Hildebrando (1) sube á la silla de S. Pedro y toma el nombre de Gregorio VII.: este pontifice se halla en el alto puesto que ocupa traspasado de dolor por los males que inundan á la iglesia, y como el mismo escribe á S. Hugo Abad de Cluni, pide frecuentemen-

[1] *El célebre Lanfranco contestando á uno que pretendia empeñarlo, á que se declarara en favor del antipapa Guiberto, le dice: „yo no apruebo que vos ultrajeis al papa Gregorio y que le llameis Hildebrando, ni que des tantas alabanzas á Clemente.” Histoire eclesiastique, par M. Fleuri. t. 9.*

te á Dios, ó que le quite la vida, ó le haga útil á la iglesia, pues que se halla rodeado de una universal tristeza viendo al oriente abandonar la fe católica y al occidente y demas partes del mundo en una corrupcion general: quiere remediar tamaños males, y para verificar sus deseos, se vale de los medios que le suministra la jurisprudencia de su siglo. Vé que la causa de que hubiera tantos prelados corrompidos, era que los principes se habian abrogado unos derechos ilimitados en las provisiones de los beneficios eclesiásticos, que de aqui se seguia la simonia, y entrando los pastores por una puerta falsa y reprobada no cuidaban como debian á su rebaño.

Como cada siglo tiene sus preocupaciones, y estas adoptadas por la mayoria pasan por principios inconcusos; es necesario para juzgar á los hombres tener presente el modo de pensar del tiempo en que existieron y segun este dar á las acciones el lugar que merecen. En el tiempo de Gregorio VII. se daba una estension al poder pontificio, que despues de conocidos los derechos del sacerdocio y el imperio se ha advertido lo absurdo de las opiniones de aquel siglo sobre este punto. Entonces se creia que el romano pontifice, en virtud de ser el vicario de Jesucristo en la tierra, no solo tenia un poder espiritual para apacentar el rebaño del Señor; sino tambien un poder temporal para castigar con penas temporales aún á los mismos monarcas, que no

cumplian con sus deberes. Los mismos principes estaban imbuidos en esta jurisprudencia, y „los papas, dice un moderno escritor frances, estaban reconocidos como delegados de la misma divinidad, de quien emana la soberania; y los mas grandes principes en su consagracion, ó coronacion, solicitaban de los papas la sancion, ó por decirlo asi, el complemento de la posesion de sus derechos. El primero de estos soberanos en la antigüedad, á saber, el emperador de Alemania debia ser consagrado por las mismas manos del papa. Se creia que en esto consistia su caracter augusto, y que no era verdaderamente emperador, sin que precediese esta ceremonia.”

Los tiempos han variado felizmente, la ilustracion desterrando la ignorancia de aquellos siglos, ha demostrado los verdaderos limites de las potestades eclesiástica y civil, la independencia de ambas y su soberania, y los pueblos cultos saben ya lo que pertenece al Cesar, sin quitar á Dios lo que es suyo (1), y

[1] *Una prueba de esta verdad han dado las cámaras de la union en el memorable decreto de aprobacion de los cinco artículos sobre instrucciones al enviado á Roma, en los que sin despojar á la nacion mejicana de su soberania, se han reconocido y respetado los inviolables derechos de la silla apóstolica. ¡Augustas cámaras! los mejicanos jamas se olvidarán de esto*

cada una de estas potestades reconoce los límites de su autoridad. ¿Pero podremos juzgar á S. Gregorio VII. por los luminosos principios de nuestro siglo? ¿seremos tan injustos que pretendamos escisir de este pontifice, el conocimiento de unas verdades que eran ignoradas en su tiempo? no; demos al tiempo lo que se le debe de justicia, y digamos que Gregorio con las mejores intenciones se dirigia por principios falsos; pero que no eran reconocidos como tales. El mismo emperador, que disputaba con S. Gregorio, creia que habia casos en que podia ser depuesto por el papa, como lo manifiesta en una carta que le escribe, en la que le dice: „Un soberano solo á Dios tiene por juez y no puede ser depuesto por ningun crimen, *sino es que abandone la fe.*” Esta es una falsedad, pero en aquel tiempo no estaba demostrada.

Gregorio criado en la mas regular disciplina monástica, de costumbres irreprehensibles, dotado de un gran talento, y un caracter firme forma el vasto proyecto de reformar la Iglesia, y como la corrupcion estaba estendida en todas las clases de la sociedad busca remedios para todas.

La primer semana de cuaresma del año de 1074 se celebrou en Roma un concilio en

bien que les habeis proporcionado. ¡Loor eterno á vuestra ilustracion!

el que se dispuso que los que hubieran recibido las sagradas ordenes por simonia, no pudieran ejercer las funciones propias de su estado; que los que para obtener algun beneficio eclesiástico hubieran dado dinero, dejáran irremisiblemente el beneficio, y que los clerigos concubinarios ni pudieran decir misa, ni aún asistir en las funciones inferiores: se formaron algunos reglamentos locales, y se escigió del clero de España que recibiese el oficio romano en lugar del mozarabe que usaba.

Estos decretos se publicaron en toda Italia y llevaron á Alemania por medio de legados. Los prelados alemanes se opusieron á ellos valiéndose de algunos pretextos, y diciendo que se les atacaba á ciertas prerogativas suyas; mas el principal motivo de su oposicion eran las mismas materias contenidas en los decretos, pues muchos veian que eran envueltos en las penas contenidas en aquellas disposiciones, y conocian la pérdida de sus beneficios, como simoniácos. Otros temian disgustar á su clero castigando á los incontinentes, y asi, apesar de los esfuerzos del mismo rey Henrique que favoreció á los legados, no pudo tener efecto el concilio que pretendian congregar para la admision de los decretos del concilio romano.

El arzobispo de Maguncia tomó empeño para dar cumplimiento á las disposiciones del papa y congregó un concilio en Erford, el que no tubo felices resultados, pues como el arzobispo quiso en este concilio mezclar sus intereses tem-